

Reflexión y crítica

Filosofía y teoría política

Javier Roiz

Resumen

El origen de la ciencia política se remite a la polis griega y a su concepto de isegoría. También a la elaboración de la omnipotencia que se produce en la religión judía. En el siglo dieciséis Petrus Ramus, Pierre de la Ramée, fue el gran artífice de la tergiversación de la retórica que consagrará la teoría política calvinista. Ello desprestigiará la retórica convirtiéndola en *ornatus* o en simple *ars fallendi*, dejando el camino expedito a una dialéctica hipertrofiada. El fracaso de las grandes ideologías románticas ha abierto de nuevo el camino a una recuperación muy profunda de la teoría política, ahora claramente diferenciada de la filosofía moderna.

Abstract

The origins of political science can be found in the Greek polis and its concept of isegory, along with the development of the idea of omnipotence in Jewish religion. In the sixteenth century, Petrus Ramus or Pierre de la Ramée became the great architect of the transformation of the concept of rhetoric, which established the basis for Calvinist political theory. In this way rhetoric was reduced to an adornment (*ornatus*), or simply the art of speaking (*ars fallendi*), giving way to a hypertrophied dialectic. The demise of the great romantic ideologies has again opened the doors for a deep re-elaboration of political theory, which is now a discipline in its own right, distinct from modern philosophy.

La ciencia de la política se remite para los estudiosos de forma natural al origen de las *poleis* griegas. Hannah Arendt recuerda con razón que es en la ciudad griega en donde por primera vez se descubre la isegoría o derecho a decir, y en donde aparecen unos tipos humanos nuevos. Son hombres transformados por esta nueva situación en la que unos a otros se otorgan prestigio y aceptan abrirse al cambio que en cada uno pueda operar la sabiduría y la oportunidad. La isegoría indicaba crucialmente la diferencia entre el hablar y el

decir, o lo que es lo mismo la importancia de la contingencia frente a la inherencia. Esa isegoría y su consecuente isonomía¹, la capacidad que los nuevos tipos humanos asumen de darse a sí mismos sus propias leyes, hacen brotar la libertad política y, con ella, traerán la transformación del hombre en *animal de polis*.

El paso del gobierno de las estirpes a esta nueva manera de organizar el asunto de quién manda y quién obedece es un punto de origen en la ciencia de la política, pero no el único.

Como bien entendió Eric Voegelin², hubo otro avance trascendental en el desarrollo de la vida pública clásica. Es el debido a Jerusalén como símbolo de la transformación que se produce en la tradición judía cuando el pueblo de Israel descubre a Yaweh. Yaweh es entendido como *locus* de poder omnipotente situado en el más allá, un *más allá* que queda blindado e inaccesible a un mundo terrenal purgado de omnipotencia y con el aire limpio para el surgimiento de la política occidental.

La ciencia política, tal y como hoy la entendemos, es una rama más del árbol de las ciencias modernas y se debe, como las demás, a una depuración del conocimiento producida en el siglo dieciséis. Desde ese momento el pensamiento queda limpio de los afectos, emociones y contingencias que impiden el establecimiento de regularidades y hallazgos válidos para todo tiempo y lugar.

Ahora bien, esta transformación del saber afectó especialmente a la idea de lo público. La tradición clásica reconocía en la vida de la ciudad una parte *vigilante* o dialéctica, imprescindible para mantener la ciudad viva y operativa. Pero también contaba con la existencia de otra parte retórica o *letárgica* que incluía lo contingente, abarcando las situaciones y emociones que surgen en la acción cotidiana de la ciudad.

Para Aristóteles, retórica y dialéctica son prácticamente ingredientes complementarios³ de la vida pública que no pueden prescindir el

¹ Cf. TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libros III-IV, traducción de Juan José Torres Esbarranch, Gredos, Madrid, 1991, (III-8), p. 141. Este concepto va precedido necesariamente del de isegoría.

² Cf. VOEGELIN, Eric: *Order and History*, Vol. 1, "Israel and Revelation", Louisiana University Press, Baton Rouge, 1956, pp. 111-112. Citado por KEULMAN, Kenneth: *The Balance of Consciousness. Eric Voegelin's Political Theory*, Pennsylvania University Press, University Park, Pennsylvania, 1990, pp. 113-116. Esta obra de Voegelin se puede consultar en el volumen 14 de *The Collected Works of Eric Voegelin*, University of Missouri Press, Columbia, 2001.

³ Cf. ARISTÓTELES: *Retórica*, edición de Antonio Tovar, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971, pp. 3-4.

uno del otro. Nadie podría vivir lo público sin dormir o sin ensoñamiento, y por supuesto tampoco estando en coma, bajo anestesia o siendo un sonámbulo.

Pierre de la Ramée, *Petrus Ramus* (1515-1572), fue quizá el gran transformador moderno, no el único desde luego, de este equilibrio. Un extraordinario pedagogo y pensador político que logró extirpar la retórica del pensamiento de lo público. La retórica consideraba que la vida pública requería como mínimo de *inventio*, *dispositio* y *elocutio*. Pues bien, la doctrina de Ramus retira el componente de la *inventio* del interior de la retórica y se lo adjudica a la dialéctica, a la que ya no dejará de pertenecer hasta nuestros días. La parte creativa o visionaria de la ciencia, en buena medida pre-verbal, debe quedar absorta en el diseño de la investigación y en el planteamiento del problema, para luego quedar todo sujeto al *méthode* de trabajo que está regido férreamente por las leyes de la ciencia y los protocolos de investigación.

El maestro calvinista venía así a consumir una traslación decisiva en el pensamiento moderno y en concreto en la teoría política. Ramus, al igual que expulsó el teatro de la enseñanza universitaria, vació la retórica de contenido dejándola reducida desde entonces a mero *ornatus* o en todo caso a *ars fallendi*, o arte de engañar.

Desde entonces toda una línea de maestros especializados en el cómo hacer ciencia, y en darnos la reglas para la conducción de la mente a este respecto, han consumado esta iniciativa soberbia del calvinismo. Curiosamente una línea que ha resultado ser con el tiempo muy admirada en el sur de la Europa católica.

En ese contexto la politología surgió en 1875, ya homologada por esta visión de la ciencia, en París y Nueva York⁴. Aparecen por esta fecha las primeras instituciones profesionales dedicadas a la investigación de la política. Son centros dotados de una estructura institucional estable y con profesionales que se dedican a tiempo completo al cultivo de la ciencia política.

Es sabido que la ciencia moderna separa la reflexión sobre fines y métodos de la propia actividad práctica de cada ciencia. Como Francis Bacon alega, se trata de seguir el ejemplo de Dios: el ejemplo de la creación divina que, en su primer día, sólo produjo la luz y asignó a ello un día completo, sin mezclar con esta labor ningún trabajo material.⁵

⁴ ROIZ, Javier: *Introducción a la ciencia política*, Vicens Vives, Barcelona, 1980, cap. I, pp. 7-20.

⁵ Cf. BACON, Francis: *The New Organon*, citado en ROIZ, Javier: op. cit., p. 7.

En una visión como ésta, tan orientada a la práctica del saber y a sus aplicaciones útiles, siempre se reserva un compartimento para la reflexión propia sobre el quehacer de cada ciencia. Así surgen las ramas teóricas de las diferentes disciplinas. En el caso de la ciencia política, que se institucionaliza tardíamente, simplemente se trata de copiar a sus hermanas mayores. Así es como irán apareciendo, en todas las facultades y departamentos de ciencia política, especialistas en lo que se conoce hoy como *teoría política*.

Teoría política como ciencia

La teoría que alimenta la ciencia política se distancia de la filosofía política precedente. Para empezar, debemos distinguir entre teoría empírica y teoría política genuina. Rehuyo mencionar el concepto de teoría normativa porque creo que esa terminología es impropia –más próxima a la filosofía del derecho– y responde a una versión parcial, pseudodialéctica, de la vida pública.

La teoría empírica propia de la “ciencia positiva” reflexiona sobre esas construcciones especulativas que le son necesarias al investigador para afrontar el trabajo de campo. Su fin es ayudarlo a extraer sentido a sus observaciones. Se trata de producir herramientas que permitan al técnico obtener hallazgos y darles un sentido. Asociada este tipo de teoría a una actividad predatoria, de busca y captura, veremos que los científicos acuden para nombrarla a metáforas consecuentes con esta consideración. Para ellos, las teorías empíricas son como las redes que echamos al mar para pescar peces (Karl Popper), las armas con las que vamos a cazar y cobrar piezas (W. S. Howell)⁶ o las herramientas del arqueólogo (Sigmund Freud, Michel Foucault).

La teoría empírica es por tanto una construcción intelectual un tanto artesana y se halla circunscrita a temas concretos y a ámbitos específicos, con referencias claras en el tiempo y el espacio. Como las investigaciones son asimismo proyectos desarrollados mediante subvenciones o de forma empresarial, y cuentan con costos determinados, la teoría política positiva tiene siempre una vertiente económico-contable que ha de explicitarse, ya que condiciona fundamentalmente el proceso investigador.

⁶ Cf. HOWELL, W. S.: *Logic and Rethoric in England, 1500-1700*, Russell & Russell, New York, 1961, p. 21.

Una teoría empírica consta así de (i) un enfoque de investigación, (ii) una metodología bien establecida con pasos reglados a dar y (iii) una conceptualización propia.⁷

Naturalmente esta teoría empírica fue una novedad extraordinaria en el siglo veinte y sólo a partir de la segunda guerra mundial se logrará afianzar en el mundo académico. Lo cierto es que, si pudo llegar a hacerlo, fue por el fracaso estrepitoso de la ciencia legal-formalista, que quedó en evidencia por su incapacidad para predecir el auge del nazismo. Un desastre cuyo surgimiento se gestó en el país en el que a la sazón la ciencia de la política estaba más avanzada. A partir de ahí la violencia y el terror desatado, junto con la utilización sistemática de la ciencia y los métodos modernos para proyectos políticos como el holocausto y el estalinismo, han ido quebrantando la fe, incluso la mera confianza, en el saber politológico.

Se trata de una línea de evolución de lo romántico en el seno del pensamiento público que, aun ya en su ocaso, ha dejado secuelas graves en la vida actual; rasgos que se hacen reconocibles por ejemplo en el fenómeno que Cornel West ha llamado la gangsterización de la política.⁸

En cierto modo el surgimiento de la teoría empírica se hizo en oposición al vendaval romántico de las ideologías europeas, camufladas durante décadas como teorías científicas. Supuestas teorías que eran incluso críticas, y a veces demoledoras, con los estudios empíricos con los que por entonces se contaba y a los que esa *filodoxia* desprestigiaba radicalmente.

Un punto crítico en este desarrollo será la caída del Muro de Berlín. Su hundimiento en 1989 es el evento mas importante del fin del siglo veinte y sin duda el de mayores consecuencias para la evolución del pensamiento. Un suceso por cierto que la ciencia política fue incapaz de predecir.

Teoría política genuina

Visto el panorama, debemos valorar que se mantuviera durante todo este tiempo otra teoría que venía continuar la labor de la filosofía política y a recoger la actividad benefactora del *bios theoreticos* clásico.

⁷ Cf. ROIZ, Javier: op. cit., cap. I, pp. 7-20.

⁸ Cf. WEST, Cornell: *The Cornell West Reader*, Basic Civitas Books, Nueva York, 1999, p. 346.

Sobre este punto cabe hacer alguna precisión. En realidad no creo que la filosofía haya quedado intacta ante los efectos higienizantes del pensamiento que afectaron a la práctica pública en los siglos dieciséis y diecisiete. De hecho, la filosofía moderna ha tenido mucho en común con el desarrollo de la politología. En mi opinión, en ambas se ha instalado una tergiversación del mundo público y esa alteración esencial ha sido tan influyente en la filosofía política como en la ciencia de lo público.

Es evidente que el final de la segunda guerra mundial en 1945 supuso el hundimiento de la hegemonía de la ciencia centroeuropea. Con ello, y de manera especial, se produjo el deterioro de la ciencia política formal –un saber legalista, prácticamente concentrado en la racionalidad del derecho público y en la historia de las instituciones. Por otra parte, la emigración de lo más granado de la inteligencia europea a Estados Unidos produjo un cambio esencial en la ciencia del país que iba a tomar el liderazgo universitario.

Los años que van de 1945 a 1989 supusieron un desarrollo sin precedentes en la ciencia política empírica, para lo cual se intentaron absorber conceptos y métodos de otras disciplinas más afortunadas en sus resultados o, al menos, con menor grado de fracaso. Son los años del desarrollo de una amplia gama de estudios que van desde la micropolítica a la megapolítica⁹. De ahí que se empezaran a desarrollar enfoques de investigación en torno a los conceptos de cultura, sistema, élite, utilidad marginal o entropía; enfoques asociados a métodos operativos como la inferencia estadística, la probabilidad condicionada, la dinámica de grupos y el cálculo de matrices. Todo ello valoraba siempre en primer lugar, y por delante de cualquier consideración, la recogida de los datos que “están ahí fuera”, en el mundo, y la búsqueda de sus explicaciones. Si éstas son externas al hombre, serán causas; si se encuentran en el interior del actor, serán motivaciones.

En medio de este proceso imparable, la especulación teórica quedó arrinconada. En cierto modo ello era comprensible, ya que si la teoría política moderna se había confundido y enredado en gran medida con las ideologías movilizadoras y exhortativas, la ciencia empírica insistía en repudiar la raíz épica del pensamiento. Sheldon S. Wolin expresaba las diferencias entre la actividad teórica de estas posiciones extremas en siete puntos:

⁹ Cf. Roiz, Javier: *Ciencia política, hoy*, Teide, Barcelona, 1982, pp. 75-87.

Teoría Política moderna

1. Lenguaje exhortativo.
2. Orientada a la acción.
3. Objetivo: el éxito práctico
4. Pro-revolucionaria.
5. El teórico o el ideólogo está involucrado personalmente.
6. Estrategia de demolición.
7. Creatividad teórica.

Cientificismo defensivo

1. Lenguaje explicativo.
2. Distanciamiento crítico.
3. Objetivo: una teoría científica de la revolución.
4. Contra-revolucionario.
5. Desinterés objetivo o altruista del científico.
6. Estrategia de investigación.
7. Hallazgos científicos.

Por otra parte, amplios sectores modernos habían construido explicaciones omnipotentes que conectaban todos los aspectos públicos entre sí, y con frecuencia también los privados, para montar extraordinarias doctrinas cargadas de dogmatismo y en ocasiones excluyentes de las demás.

En estas circunstancias, el pensamiento político de los años 60 ya se presentaba como una actividad *vigilante* en la que se empezaba por analizar la historia de las ideas para después *explayar* la gran teoría omnicomprensiva, la verdadera, que explicaba toda la realidad con el tono de una *solución final*. Una tendencia hacia la vigilancia –y su consecuente negación de la letargia– que con el tiempo no ha hecho sino acentuarse. Como anotaba recientemente un reputado sociólogo, “nuestra vida está evolucionando hacia un sistema de vigilancia omnipresente”.¹⁰

Esta actitud historicista consistía en la narración de los hechos humanos, la *res gestae*, realizada desde lo alto de una escalera histórica por un narrador que se supone está en el último peldaño. Esto trajo consigo un empobrecimiento de la creatividad teórica de la ciencia política. De hecho, el siglo veinte ha sido prácticamente estéril en cuanto a la creación teórica política. Salvo el fascismo, con su trágico hundimiento, y en cierto modo la llamada contracultura¹¹, que quedó frustrada como tal teoría de la vida pública en los años setenta, el siglo veinte ha continuado viviendo sobre ideas del siglo diecisiete o del romanticismo. Una esterilidad tanto más intrigante cuanto que se ha dado en un tiempo de excepcional fecundidad teórica en otras ciencias.

¹⁰ “Como las posibilidades de destrucción son infinitas, nuestra vida está evolucionando hacia un sistema de vigilancia omnipresente” (CASTELLS, Manuel: “Observatorio Global”, en *La Vanguardia*, 16 septiembre 2006, p. 20).

¹¹ Cf. Roiz, Javier: *Ciencia política, hoy*, Teide, Barcelona, 1982, pp. 167-178.

Al final del periodo 1945-1989, la ciencia política había dado paso a una extraordinaria actividad empírica, en general basada en enfoques de investigación copiados o cuando menos inspirados en otras ciencias. Es más, la preponderancia de la ciencia empírica sobre la especulación llegó a ser desproporcionada. Así, en las principales universidades norteamericanas se produjo un desprestigio tal de la actividad especulativa que de hecho se vino a restringir el paso a los intereses de los teóricos, siempre con recriminaciones de estar teñidos de metafísica, religiosidad o idealismo. A finales de este periodo, tanto la izquierda marxista y los nacionalismos radicales como los conversos de la investigación empírica consideraban a los pocos aficionados a la teoría genuina como colegas irreales o reaccionarios¹². El fenómeno se extendió a las principales universidades europeas, por entonces ya resignadas a seguir las pautas norteamericanas. En España, científicamente rezagada, el asunto llegará aún más tarde y se puede decir que ahora no está todavía en pleno auge. Hay facultades en las que ya de entrada no se explica teoría política o bien se la suplanta por el trabajo de historiadores de las ideas o de las instituciones.

Antes de 1989, en pocas universidades se podían elegir temas de tesis especializadas en teoría política genuina, es decir asuntos o planteamientos innovadores que se alejaran de cuestiones históricas y, por supuesto, de las grandes ideologías románticas y sus temas. Ni que decir tiene que en Europa la dificultad llegaba en ocasiones a convertirse en imposibilidad o prohibición.

En Estados Unidos, y debido a su vacuna antimarxista, se preservaron reductos minoritario –con muchos refugiados europeos– en los que se siguió trabajando con originalidad y rigor en el pasado de la teoría política. Ahora bien, estos trabajos no se van a hacer con criterios historicistas de someter a pensadores y sus obras a un desfile ordenado por siglos en el que se les haga marcar el paso de la oca por las alfombras de la historia. Por el contrario, se busca recuperar a los maestros en un diálogo armónico y no melódico, en parte como medio para poder luego atreverse a formular una posible teoría nueva del siglo veinte.

En 1968, cuando en Europa se empieza a tantear el dogmatismo de los revolucionarios de izquierdas y a la vez el extremo conservadurismo moral del liberalismo, en Estados Unidos se podía ir a estu-

¹² Cf. WOLIN, Sheldon S.: "Political Theory as a Vocation", en *American Political Science Review*, vol. 63 (1969), pp. 1070ss.

diar teoría política con cuatro grandes figuras: Leo Strauss en Chicago, Eric Voegelin en la Louisiana o después Stanford, Hannah Arendt en Nueva York y Sheldon S. Wolin en Berkeley y más tarde en Princeton. Se podría decir que ellos son los cuatro grandes titanes de la teoría política contemporánea.

Estos grandes maestros, muy diversos entre sí, amparaban una formación muy seria en teoría política y propugnaban una revisión de lo que la teoría de la política debía hacer tras las guerras mundiales. Curiosamente ellos se dedicaron a construir sus propias historias de la teoría política como paso previo para desembarazarse de las interpretaciones liberales sesgadas, tipo George H. Sabine¹³, o de las explicaciones de las ideologías.

En torno a estos maestros empezaron a crecer nuevos profesores e investigadores con herramientas suficientes para desprenderse de la sujeción de las iglesias, sobre todo la calvinista y la católica, y de la omnipotencia de las ideologías.

Gracias a su trabajo se empezará a reconstruir una tradición de discurso (Wolin), se cuestionarán algunos presupuestos básicos del mundo público moderno (Strauss o Voegelin), se echará en falta el estudio del juicio (Arendt) y se empezarán a encontrar huecos en la visión de esa modernidad europea tan militante. Visión un tanto dudosa a la vista de ciertas tradiciones democráticas europeas que habían sido yuguladas en siglos anteriores.

Estos nuevos maestros y sus continuadores nos han permitido darnos cuenta de la tergiversación que las revoluciones modernas trajeron para el saber occidental. Aportaron avances extraordinarios, pero también significaron la llegada de la *barbarie de la reflexión* que había señalado Giambattista Vico en el siglo dieciocho. Gracias a ellos, temas como la confusión de la actividad mental con el pensamiento (Arendt), la imposición de una visión inmanentista de la vida como requisito insalvable de la ciencia, el materialismo de los eclesiásticos (Voegelin), la fantasía omnipotente de la solución final y el historicismo, pudieron ser puestos en duda y en buena parte desmontados. La militarización de la política y la implantación de una visión supuestamente dialéctica de la vida, pero que venía a traer un extraordinaria regimentación de lo público, quedaron así poco a poco en evidencia. Quedaba ya por entonces a la vista la tergiversación del buen juicio del ciudadano y la confusión de la figura del

¹³ Cf. SABINE, George H.: *A History of Political Theory*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1937.

fiscal con la del juez. El buen juicio quedaba suplantado definitivamente por la fiscalía.

Se había vivido una época de cuatro siglos, aproximadamente de 1550 a 1950, bajo el alzamiento de una supuesta dialéctica metódica. Una *dialéctica como método* que, por primera vez desde su origen en el mundo clásico, anulaba la retórica. Este predominio de esa nueva dialéctica se convertía por otra parte en un dogma cristiano moderno, esencialmente calvinista, e imponía la *vigilancia como esencia de la vida* en una categoría absoluta¹⁴. La *letargia* quedaba por tanto expulsada de la vida pública y desahuciada como fuente de conocimiento fiable. Es curioso que una estrategia tan omnipotente –y teniendo en cuenta que omnipotencia y magia son casi sinónimos– alegara como causa para la extirpación de la letargia que ésta nos induce a la magia o a la irrealidad.

Creo que la filosofía no ha seguido mejor suerte. Sus caminos han sido paralelos a los de la ciencia de la política. Ahora bien, en la politología todo ha sido más desgarrado y violento. La filosofía cuenta con una historia milenaria –frente al siglo y cuarto de la ciencia política– y en cierto modo siempre se ha reservado el papel de matriz de todos los demás saberes. Ciertamente en su confrontación con la ciencia moderna también quedó zarandeada y acusada de inanidad, de escolasticismo o sectarismo clasista, pero sus largas raíces y su amplitud le han permitido cierta estabilidad o incluso el recurrir al camuflaje de los tiempos para sobrevivir. No es el caso de la teoría política que, por haber nacido como ciencia a finales del siglo diecinueve y contar con pocos recursos históricos, sólo veía dos salidas posibles: crear una tradición de discurso propia o regresar a la filosofía de lo público.

Es verdad que la salvación podía estar en volver a una denominación genérica como filosofía política. Pero en el mundo institucional europeo, lleno de paro y controles gremiales, eso significaba para la teoría quedar enjaulada bajo el predominio de los filósofos, a menos que se lograra reconstruir un *bios theoreticós* propio con el que salir de la cautividad.

El desarrollo de ambas opciones será la labor que los cuatro grandes de la teoría política del siglo veinte, arriba mencionados, intentarán hacer con notable éxito.

¹⁴ CALVINO, Juan: *Institución de la religión cristiana* (Institutio Christianae Religionis) (versión definitiva en latín de 1597), traducción de Cipriano de Valera (1959), Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, Países Bajos, 1968, libro I, cap. XVII, 10, p. 145.

Como resultado de su esfuerzo y de su magisterio hoy se empieza a recuperar la tradición teórica perdida o prohibida en los últimos siglos. Es así como con la *reapertura del caso de la retórica* el panorama intelectual ha dado un vuelco. Sólo con eso, la historia de la teoría política se abre a otra riqueza en la comprensión. Lo mismo se puede decir de la recuperación de sectores enteros que habían sido arrancados del saber de la política, primordialmente el del *gobierno del propio individuo*. El gobierno del ciudadano había sido enajenado hasta aquí por los eclesiásticos de todas las confesiones (ellos sí bien atentos a la edad de saber y gobierno), los pedagogos, los psicólogos, los trabajadores sociales, los psicoanalistas y los psiquiatras. Estamos por tanto en una época de verdadera recuperación y salida de un *impasse* de todo un saber hasta aquí mutilado y sometido –como lo ha estado la población– a severas purgas de un pensamiento higienizado.

Sobre la jerga psicológica

Moisés Maimónides afirmaba en el siglo trece que la ciencia de la política incluía el saber sobre el gobierno de la vida de cada individuo. Evidenciaba así la importancia que tiene, para cada cual, el gobierno de la propia vida durante el tiempo en que estamos vivos. Si la clave de la vida política se halla en el problema de *quién manda y quién obedece* y de cómo *desmontar la corrupción en la vida pública*, el gobierno del individuo pasa a primer plano como tema de estudio.

Claro que esta posición del maestro sefardí, como probablemente también lo era la de los humanistas italianos de los siglos trece al quince¹⁵, va a quedar poco a poco relegada en el siglo dieciséis por esa ciencia cristiana hipermoderna que entiende el *pensamiento como actividad mental*. Un mundo visto desde la primera persona en el que el ser humano está pensando las veinticuatro horas del día, quiera o no quiera; es decir, un pensamiento equiparable a la respiración. Yo respiro, pues existo; dejo de respirar, estoy muerto.

De esta forma, la administración del mundo de los afectos y de las emociones pasa a ser un tema de portada cultural. Se entiende como gestión sometida a las leyes de la economía y de la ciencia re-

¹⁵ Cf. GODBARGE, Clément: "Brunetto Latini y la reconstrucción del *ethos* republicano", en *Foro Interno*, n. 5 (diciembre 2005), pp. 85-111.

gulada, y se homologa como tal. En consecuencia, el mundo interno, ese *foro interno* de los rétores, queda ahora percibido como territorio de conquista y colonización. Esta sería incluso la actitud del joven Sigmund Freud hacia *das ID*, posición que en su madurez variaría.

En esta trayectoria los problemas de *gobierno del mundo interno* quedan hoy en día radicalmente privatizados y desprovistos de su entidad pública. Todo ello se ha hecho probablemente como rechazo comprensible a los fanatismos religiosos y en medio de la guerra civil cristiana, una crisis prolongada y cruel, que se dio en el siglo diecisiete. Se comprende el miedo a que toda esa riqueza de medios de poder, los “manes de la guardería” del calvinista John Locke, quedasen en manos sectarias o irresponsables.

Lo cierto es que, en la ciencia de lo público que hoy tenemos, el gobierno de la vida del propio individuo se considera como un tema no político. Se supone que los estudiantes que acuden a las facultades de ciencias políticas no pueden tratar allí del gobierno de sí mismos como individuos que se mueven por la vida. Ese saber está hoy prácticamente prohibido por inadecuado para el lugar.

Consecuentemente, un estudiante de ciencia política que quisiera aprender sobre el asunto habría de dirigir sus pasos a una facultad de medicina/psiquiatría, a la de pedagogía, a la de psicología, a un seminario teológico o a la escuela de trabajo social. En todos esos sitios le enseñarán a tratar del desgobierno de la vida de los individuos, pero él o ella en su facultad sólo aprenderá de desgobiernos de *lo público*, entendido este concepto como algo externo o abierto a lo masivo. En el lenguaje de la Europa católica, la imagen emblemática sería la plaza. Un espacio que no se contemplaba igualmente en la ciencia de Maimónides, para quien la ciudad venía a ser un conjunto de patios y callejuelas.

En esa ciudad tan aristotélica de círculos concéntricos –el círculo como figura perfecta– son moneda corriente, y amenazante, la ansiedad vigilante y la claustrofobia. Una visión de la ciudad notablemente antisemita y en la que el gobierno de la propia vida es apartado de la ciencia de la política.

Ciencias subsidiarias

¿Y cómo realizan su trabajo nuestros colegas a los que se les ha entregado estas tierras expropiadas a la ciencia política?

Para empezar debemos decir que estos científicos han ido muy despacio en el cultivo de ese territorio. Lo han hecho de forma algo torpe, si pensamos en los psiquiatras. En general se han distinguido por llevar a cabo una postergación del estudio acerca del dolor psíquico que llegó a ser escandalosa hacia finales del siglo diecinueve. Por entonces a los enfermos mentales se les gobernaba con duchas frías, ruedas giratorias, ataduras, incluso más tarde con la extirpación del lóbulo frontal del cerebro, con recursos a ideas fanáticas, anestésicas y con encierros en lugares apartados. En cuanto a los menores, los medios eran igualmente indignantes por su pobreza técnica.

Bien es cierto que, si miramos a los innovadores más avanzados y sutiles, como es el caso de la escuela psicoanalítica, encontramos alguna que otra novedad. Aquí, al menos, sí se intenta con audacia y talento encontrar explicación y remedio al terrible sufrimiento psíquico. Un dolor que suele ser más penoso que el físico e igualmente destructivo.

Cuando repasamos el bagaje conceptual de estos científicos del *foro interno* es llamativo ver cómo re-descubren conceptos que pertenecen a la tradición más depurada de la teoría política. Valgan como ejemplo términos como juicio, culpabilidad, castigo, censura, pérdidas –las pérdidas genuinas son las producidas en la guerra–, guerra interna, mecanismos de defensa, rebelión, frontera, ataque, fuga, rapto, autoridad, poder, identidad, dependencia, independencia, impotencia y omnipotencia. El propio Freud, cuando tiene que fundar mediante un mito clásico su edificio teórico, recurre a la figura de Edipo, que no quería precisamente ser cochero o vendedor de tejidos, sino rey y tenía una tarea cívica que cumplir.

La calidad teórico-política de esos conceptos, así como la insistencia de los pedagogos en el uso de un *gen* de la teoría política como es la autoridad, no deja de ser un invariante en la tradición de la política occidental. Lo mismo se puede decir de la insistencia en las posibilidades de la educación como medio de cambiar el gobierno de nuestras vidas. Todos los grandes maestros de la teoría política han dedicado al menos un capítulo, cuando no libros enteros, a la educación como instrumento de cambio político y de gobierno público.

Un punto especialmente importante en todo esto es la confusión producida entre el yo ejecutivo y el *self* o individuo dotado con identidad. Ya desde los orígenes de la retórica, Marco Fabio Quintiliano distinguía entre las tres maneras de ejercer el *orare*: la ejecuti-

va, la legislativa y la del buen juicio¹⁶. Esto venía a corresponderse con la idea platónica, y no sólo platónica, de que el hombre lleva en su interior una ciudad constituida de modo parecido a como lo está la *polis*.

Lo anterior implicaba reconocer la complejidad de ese mundo interior en donde también había transacciones de autoridad y de poder, y en el que se ejercía el logos interno. Se trataba de *espacios públicos internos*, reconociéndose así que lo público no es necesariamente externo.

Hannah Arendt comprendió muy bien la necesidad de un estudio cuidadoso de ese *self* y dedicó a ello su obra más honda¹⁷. Su primer volumen estaba dedicado al pensamiento –ese diálogo del “dos en uno” socrático que transcurre *in foro interno*–, el segundo al yo ejecutivo (memoria y voluntad) y por último pensaba culminar su obra con un volumen dejado al juicio. Ella pensaba acertadamente que el juicio había sido ignorado como tal por la filosofía moderna y recordaba al respecto que la *Crítica del juicio* de Immanuel Kant es más bien la crítica del “discernimiento”. Lamentablemente murió cuando apenas había escrito la cita de entrada de este trabajo.

La enajenación de ese gobierno del individuo ha traído consigo la incapacidad para proceder al análisis completo de la vida pública, de sus espacios y de sus acciones. Al quedar mutilado un sector importante de lo público, el análisis de la política queda condenado al error y a la perplejidad, bien por agotamiento y depresión, bien por obsesiones inútiles.

La retórica clásica atendía en gran medida esta realidad, de ahí que fuese sensible a la interpretación musical de los textos. El propio Quintiliano dedica un espacio a la música en su obra, al igual que hace con el silencio¹⁸. A partir del silencio como realidad primera, un silencio en el que se depositan las palabras como las notas musicales en la partitura, se hace posible que se escuchen mejor las

¹⁶ Correspondientes a los tres géneros: demostrativo, deliberativo y judicial. Cf. QUINTILIANO, Marco Fabio: *Sobre la formación del orador* (Institutionis Oratoriae), ed. Bilingüe, traducción de Alfonso Ortega Carmona, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1997, III, cap. IV, 9; tomo I, p. 335.

¹⁷ Cf. ARENDT, Hannah: *The Life of the Mind*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1971. Hay dos buenas versiones en español: ARENDT, Hannah: *La vida del espíritu*, traducción de Ricardo Montoro y Fernando Vallespín, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984; ARENDT, Hannah: *La vida del espíritu*, traducción de Fina Birulés y Carmen Corral, Paidós, Barcelona, 2002.

¹⁸ Cf. QUINTILIANO, Marco Fabio: *Sobre la formación del orador*, op. cit., I, cap. X, 9-33; tomo I, pp. 138-147.

emociones, los sentimientos y el rumor interno de los estados de ánimo. Sabemos que la tonalidad de una obra musical marca con intensidad el contenido y significado de una obra. Pues bien, al igual los *tropoi* utilizados en la teoría, la musicalidad de su ejecución al enseñarlos o su uso en el espacio público son elementos importantísimos en el trabajo teórico, en su función, su validez y su entendimiento.

No es extraño que los rétores den tanta atención a la música, al oído¹⁹. En la música el concepto de ejecución, *performance*, siempre nos exige respetar el valor de la contingencia. Nunca dos interpretaciones de una misma obra musical pueden ser iguales, aunque las dos se hayan ejecutado a la perfección. Ni siquiera dos interpretaciones realizadas por el mismo intérprete podrán serlo. En realidad, esto es lo que ocurre también en un juicio. Un juicio nunca saldrá igual por muy preparado que los abogados y fiscales lo lleven. La contingencia en la política quedaba en el mundo clásico preservada por la retórica. El concepto de virtuoso, que tan presente está por ejemplo en Niccolò Machiavelli –un verdadero rétor moderno– viene así a recoger esta percepción del maestro como alguien que tiene que prepararse sus clases día a día y sin la garantía de que le vayan a salir bien. Es más, el buen profesor no ha de ir a la clase solamente preparado sino dispuesto.

El juez y el «pero que sepas que tienes ese fiscal»

En la política contemporánea el *orare* ya no es comprensible. De hecho se le ha confundido con el *sermo*, que es probablemente el antecedente más propio de lo que hoy se denomina discurso.

De manera parecida se puede hablar de la confusión contemporánea entre las figuras del fiscal y el juez. Es frecuente que en el lenguaje coloquial, lenguaje incluso público, se quiera ver un juez en donde sólo existe una figura claramente ejecutiva. Un buen ejemplo es la valoración del árbitro de un partido de fútbol o de baloncesto como si fuese “el juez de la contienda”. Paralelamente esto se corresponde con la percepción de figuras que, siendo claramente fiscales, se valoran como si fueran jueces. Es el caso de muchos profesores que se sienten jueces cuando de hecho ejercen su trabajo como verdaderos fiscales de los alumnos. Por supuesto que ambas

¹⁹ Cf. ARENDT, Hannah: *La vida del espíritu*, traducción de Fina Birulés y Carmen Corral, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 142ss.

figuras son necesarias para producir un buen juicio, como los son los testigos, el jurado, el público o el alguacil que garantiza que no hay armas en la sala. El problema actual es la confusión inconsciente y ampliamente practicada de ambas figuras y de sus funciones.

Sin que esa figuras dejen de ser igualmente dignas y necesarias para la sociedad, es una aberración notable que el juez se haya desvirtuado hasta tal grado y que hoy la confusión esté casi generalizada en muchas democracias modernas.

Naturalmente que eso también ha migrado *in foro interno*, de forma que el concepto de buen juicio se encuentra muy alterado en el interior de la subjetividad. Con frecuencia los ciudadanos carecen de esa figura pacífica de juez que garantiza que la vista judicial se realizará con la palabra y sin la presencia de armas en la sala, alguien que responde de la seguridad de los testigos y que asegura que el juicio no se celebrará de forma asamblearia, con apresuramiento y sin letargia. La figura benéfica del juez democrático es la garantía de unos derechos muy profundos, de unos procedimientos esenciales y de que no se pueda reducir el acto del juicio a una sesión vigilante. Un buen juicio es el resultado de los trabajos y los días de unos actores involucrados en un evento único. Una situación inmersa en la contingencia y la que tendrán cabida necesariamente vigilancia y letargia.

Octubre de 2006

Javier Roiz
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid